



Universidad de Valladolid

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Historia

**Campamentos militares y sus "seguidores"
en la Grecia clásica (ss. V-IV a.C.)**

Iván Lobo Bocos

Tutora: Aida Fernández Prieto

**Departamento de Historia Antigua y Medieval
Curso: 2024-2025**

Resumen

El desplazamiento de tropas en campaña siempre ha conllevado la necesidad de levantar campamentos, junto con su aprovisionamiento. Durante los periodos clásico y helenístico las expediciones militares griegas –especialmente aquellas prolongadas o alejadas de la comunidad de origen– venían acompañadas por una serie de individuos y/o grupos designados habitualmente por la historiografía moderna como “seguidores de campamentos”. El presente Trabajo de Fin de Grado (TFG) busca, precisamente, aproximarse a las realidades del día a día de los soldados en los campamentos semiestables griegos durante la época clásica (siglos V y IV a.C.), así como conocer sus partes y su tipología. Además, este estudio pretende ahondar en el conocimiento de aquellos individuos que acompañaban o seguían a la tropa con fines económicos: quiénes eran, qué papel tenían durante las campañas, con qué tipo de productos comerciaban, qué otros servicios prestaban, el modo en el que el ejército se relacionaba con ellos y cómo se gestionaban los intercambios.

Palabras Clave

Grecia Clásica, Ejército, Campamentos militares, “Seguidores de campamentos”, Comercio.

Abstract

The movement of troops on campaign has always entailed the need to set up camps and provide supplies. During the Classic and the Hellenistic periods, military expeditions – especially those that were long and away from the community of origin– were accompanied by individuals or groups named as “camp followers” by modern historiography. This Final Degree Project aims precisely to approach the day-to-day realities of soldiers in the semi-stable Greek camps during the Classical period (5th and 4th centuries BCE) and learn about their parts and typology. In addition, this study aims to deepen our knowledge of those individuals who accompanied or followed the troops for economic purposes: who they were, what role they played during the campaigns, what kind of products they traded, what other services they provided, how the army related to them and how exchanges were managed.

Keywords

Classical Greece, Army, Military camps, Camp followers, Trading.

ÍNDICE

1.	Introducción.....	4
2.	La guerra en el mundo griego en la época clásica: breve aproximación.....	8
3.	La vida en campaña: los campamentos en época clásica.....	11
3.1.	Terminología y tipología.....	12
3.2.	Logística previa y distribución del campamento.....	13
3.3.	Vida diaria.....	16
4.	Los “seguidores de campamentos”.....	19
4.1.	Una multitud heterogénea.....	21
4.2.	El mercado.....	24
4.3.	Productos, provisiones y botín.....	27
5.	Conclusiones.....	29
6.	Bibliografía.....	32

1. Introducción¹

El desplazamiento de los ejércitos griegos, especialmente según avanzaba la época clásica, conllevaba la movilización de un gran número de población alejada por cortas o largas temporadas de sus hogares, cuyas necesidades en campaña debían ser satisfechas para evitar deserciones o amotinamientos. Entre ellas, la más básica y urgente era la de garantizar el sustento de los combatientes (agua y alimento), a la que seguirían otras demandas igualmente esenciales, como la provisión de una vestimenta adecuada, armamento, atención médica, cobijo, etc. Junto a estas necesidades básicas, la vida en el campamento generaba también otras de tipo más “prosaico”, relacionadas con el entretenimiento y el esparcimiento de las tropas. Muchas de estas demandas podrían ser parcialmente cubiertas por el personal que los ejércitos llevaban consigo, por los propios soldados o mediante el abastecimiento en poblaciones vecinas; no obstante, con relativa frecuencia, los contingentes griegos eran seguidos por auténticos “ejércitos” de comerciantes, artesanos, prostitutas y otros individuos que veían en ellos una potencial fuente de ingresos. En este contexto, hay que tener presente que las campañas militares no solo permitirían a los soldados hacerse con dinero y botín con los que luego adquirir ciertos bienes y/o servicios, sino que, el propio ejército, podía convertirse también en una fuente de bienes susceptibles de ser intercambiados en otros lugares. Todo esto explica que los campamentos militares se convirtieran rápidamente en un foco de atracción para las poblaciones circundantes, interesadas en participar en estos intercambios comerciales, haciendo así que los campamentos griegos se erigiesen como centros de actividad económica de primer orden.

Teniendo en cuenta este marco, el presente Trabajo Final de Grado (TFG) examinará tanto las particularidades de los campamentos griegos (tipología, lugar de establecimiento y partes) y la vida en estos como los individuos y/o grupos itinerantes que seguían a estos y que la historiografía moderna engloba dentro de la categoría de “seguidores de campamentos” (*camp followers*)². Se pretende, así, arrojar luz sobre la vida diaria de los soldados en campaña, concretamente, cómo era su vida en los campamentos, cómo gastaban su paga o parte del botín, a la vez que aportar información sobre aquellos que hacían del seguir a las tropas griegas en campaña su modo de vida. Nos parece oportuno aclarar en este punto que no vamos a ocuparnos en este trabajo de aquellos individuos y/o grupos que acompañaban a los ejércitos de manera “oficial” (incluyendo sirvientes y esclavos). Así, mientras que estos formaban parte del “personal” que las tropas llevaban consigo y su presencia estaba, en cierto modo, planeada de

¹ El presente TFG sigue las normas de citación de la revista BSAA arqueología de la UVa.

² Término utilizado en Sage, 1996: 50; Rawlings, 2013: 71; Álvarez Rico, 2021: 148-159.

antemano, los “seguidores de campamentos” no formaban parte de este “personal”, sino que decidían sumarse a los ejércitos “voluntariamente”, bien por iniciativa propia o por la de una ciudad o un gobernante.

El tema elegido resulta complejo a la par que interesante. A las dificultades de su estudio han contribuido diversos factores, entre ellos: la causalidad de las propias campañas, la atomización de la información relativa a los campamentos griegos en las fuentes antiguas y la diversidad de individuos y/o grupos que podrían integrar la categoría de “seguidores de campamentos”. Si bien la vida castrense ha recibido mayor atención por parte de los estudiosos del mundo romano, como evidencian los trabajos de P. Resina Sola (1998), A. Richardson (2002) o R. H. Jones (2012) o el estudio, más específico, de M.^a A. Mateo Donet (2010) sobre la religiosidad y culto en los campamentos romanos, los campamentos militares griegos han recibido un tratamiento mucho más escaso por parte de los helenistas. En este sentido, la monografía de M. G. Álvarez Rico, *El campamento militar griego en Época Clásica* (2013) supone una notable excepción a la norma. Como el propio autor bien indica en esta obra:

La castrametación de los ejércitos griegos ha sido un tema completamente desatendido en la investigación tanto histórica como arqueológica, lo cual resulta aún más sorprendente si traemos a la memoria la importancia e interés que este mismo problema ha suscitado en el ámbito del mundo militar romano.

(Álvarez Rico, 2013: 23)

Este desigual interés que el tema ha despertado entre historiadores y arqueólogos del mundo griego y romano se debe, en buena medida, tanto al mayor número de campamentos romanos estables susceptibles de ser excavados como a la mayor cantidad de información y a la preservación de obras “técnicas” que tenemos para este último periodo, frente a la dispersión y carencia de tratados de naturaleza similar para el ámbito griego, siendo las obras de Jenofonte las que nos ofrecen más información a este respecto para la Grecia clásica. A lo anterior, se suma también la dificultad para rastrear a través de la arqueología los campamentos griegos. Ya en su momento, el historiador griego Polibio (s. II a.C.) indicó que sus compatriotas no tenían una forma regular y pautada de construir sus campamentos (Polibio, 6.42 citado en Álvarez Rico, 2013: 12), hecho que dificulta todavía más su estudio arqueológico, ya que muy pocas de las tipologías de campamento han dejado un registro material que perdure hasta nuestros días. No obstante, y a pesar de las dificultades mencionadas, contamos con algunos trabajos en esta línea, como el de J. McCredie, de 1966, que pone el foco en los campamentos griegos en la región del Ática (325-250 a.C.), o el de J. W. I. Lee de 2007, que se centra en los

campamentos de la expedición de los Diez Mil³, además del ya citado estudio de Álvarez Rico de 2013, sobre los campamentos militares griegos en época clásica.

Si los campamentos militares griegos están poco trabajados, la cuestión de los “seguidores de los campamentos” lo está aún menos. En este sentido, prácticamente el único trabajo que aborda dicha cuestión es un artículo, también de Álvarez Rico, publicado en 2021, y titulado *Greek Camps and Camps Followers*; sin embargo, y a pesar de lo sugerente del título, solo una página de este estudio se centra propiamente en estos individuos. Además, con excepción del mencionado trabajo, lo habitual es que las alusiones a los “seguidores de campamentos” aparezcan de forma indirecta o aislada en otros estudios más amplios dedicados a la guerra en el mundo antiguo, en general, o en la antigua Grecia, en particular. Así, por ejemplo, M. Sage en su libro, *Warfare in Ancient Greece A Sourcebook* (1996) dedica unas palabras a los “seguidores de campamentos” cuando trata la cuestión de los modos de aprovisionamiento de los ejércitos griegos; mientras que, en un trabajo más reciente, *The Ancient Greeks at War* (2013), L. Rawlings, en un apartado dedicado a los beneficios obtenidos por el saqueo, cita varias fuentes que mencionan tanto a oficiales encargados de vender el botín como a algunos de estos grupos que formarían parte de estos “seguidores de los campamentos” y que participarían de los intercambios comerciales. Sin embargo, lo más frecuente es que estos trabajos se limiten meramente a dar cuenta de la presencia de estos, sin aportar más información, como es el caso de la monografía de S. Elliott, *Ancient Greeks at War. Warfare in the Classical World from Agamemnon to Alexander* (2021)⁴.

Teniendo en cuenta lo anterior, los objetivos de este trabajo son principalmente dos: en primer lugar, explicar y detallar los campamentos griegos estables y para el descanso de la tropa, lugar donde los soldados pasaban un considerable tiempo de las campañas y, en relación con esto, explicar cómo era el día a día en estos recintos; en segundo y último lugar, profundizar en los grupos de personas que seguían a estos ejércitos en campaña para ofrecerles provisiones, esclavos y otros servicios, pero también, para adquirir ellos mismos ciertos productos (incluyendo individuos esclavizados), que luego pudieran vender en otros lugares. Dentro de este objetivo, y apoyándonos en las fuentes clásicas, intentaremos conocer qué elementos u objetos eran más deseables y susceptibles de ser tomados como botín de guerra y qué productos

³ Recibe este nombre el ejército de mercenarios griegos del que formó parte el militar, estadista y discípulo de Sócrates, Jenofonte. Este ejército, combatió en Persia bajo las órdenes de Ciro el Joven hasta que, a la muerte de este en batalla, se vio obligado a emprender la retirada, enfrentando un auténtico periplo para regresar a territorio griego.

⁴ Así, por ejemplo, Elliott comenta, sin aportar más información sobre su identidad, que muchos de los “seguidores” del campamento de Alejandro Magno murieron después de un monzón (Elliott, 2021: 182).

vendían y/o compraban los comerciantes que seguían a los ejércitos griegos. De este modo, pretendemos dar un enfoque socioeconómico a una temática principalmente militar.

En lo que respecta al marco de nuestro estudio, hemos decidido acotarlo al periodo clásico (siglos V y IV a.C.), en el cual estas cuestiones han sido todavía menos trabajadas que para otros momentos de la historia griega, a excepción de la expedición de Alejandro Magno en Asia, que marca el fin de este periodo, pero que hemos decidido dejar a un lado, por haber recibido un mayor tratamiento. Además, la estrategia de Alejandro Magno durante su periplo por el Imperio Persa se basó principalmente en el saqueo y la incautación de bienes para alimentar a sus tropas. Posteriormente, los monarcas helenísticos se sirvieron de los sistemas de reubicación de excedentes persas para el abastecimiento de sus ejércitos. Estos hechos no acabaron con la presencia de “seguidores de campamentos”, pero sí limitaron su presencia y función.

Para abordar los campamentos militares griegos de época clásica nos hemos servido del autor moderno que más ha tratado este tema, el ya mencionado Álvarez Rico, cuya monografía *El campamento militar griego en Época Clásica* (2013) ofrece una visión holística del heterogéneo mundo heleno y aporta una información inestimable sobre este ámbito, muy olvidado por la historiografía. M. Sage ha aportado información general dentro del ámbito militar para la época trabajada junto con la anterior y la inmediatamente posterior, otros autores modernos han aportado datos más específicos y han permitido concretar algunos aspectos tratados a lo largo del trabajo. No obstante, debido a la escueta información de autores contemporáneos sobre los “seguidores de campamentos”, hemos tenido que recurrir a fuentes textuales clásicas, destacando los trabajos de Heródoto, autor del siglo V a.C., en cuyas *Historias* se recogen los enfrentamientos entre griegos y persas durante las guerras médicas; de Tucídides, historiador ateniense también del siglo V a.C., conocido principalmente por su *Historia de la guerra del Peloponeso*, que narra buena parte de los acontecimientos de este conflicto que enfrentó a la Liga de Delos y a la del Peloponeso; y de Jenofonte, escritor, militar y filósofo ateniense, que vivió a caballo entre el siglo V y la primera mitad del siglo IV a.C., y del cual han sobrevivido gran cantidad de sus obras, de las cuales, varias han sido utilizadas para elaborar este trabajo (*Agesilao*, *Helénicas*, *La Anábasis* y *La República de los Lacedemonios*). Los posibles sesgos políticos de estos autores (sin ir más lejos, al propio Jenofonte se le ha cuestionado por su devoción hacia los espartanos) quedan atenuados en este trabajo debido a que, las cuestiones aquí tratadas, como la construcción de campamentos, su organización y su abastecimiento, así como la presencia de “seguidores” de estos, conforman

una temática escasamente atractiva frente a otras dimensiones del mundo militar para su instrumentalización con fines propagandísticos.

Para aproximarnos a las obras de los autores clásicos antes citados, nos hemos servido de las traducciones que ofrece la colección Gredos, así como de las traducciones recogidas en otros trabajos. Para la consulta de los términos en griego o, puntualmente, para revisar las traducciones de algunos de los conceptos presentes en los pasajes consultados, nos hemos servido también de bases de datos que ofrecen traducciones bilingües de los textos clásicos (en griego clásico y en inglés), como la *Perseus Digital Library*⁵.

Por lo que respecta a la estructura del trabajo, este se articula en tres grandes bloques temáticos. En el primero, intitulado “La guerra en el mundo griego en la época clásica: breve aproximación”, se pretende ofrecer una síntesis de la evolución de la guerra en el periodo clásico como precedente de las grandes campañas de época helenística, que supusieron un mayor desafío a la hora de aprovisionar ejércitos cada vez más grandes y organizados. En el segundo bloque, que lleva por título “La vida en campaña: los campamentos en época clásica”, se analizan cómo eran los campamentos griegos antes de Filipo II y Alejandro Magno, quienes llevaron a cabo reformas militares de gran calado. Para este apartado, se reconstruye la tipología de los campamentos en los que se centra este TFG, el campamento de descanso de la tropa y el permanente⁶, cómo se formaban y de qué manera se estructuraba la vida en ellos. En el tercer y último bloque temático, tras diferenciar a los “seguidores oficiales” de los “seguidores de campamentos”, se examinan los grupos que conforman estos últimos, se explican los modos en los que estos últimos comenzaban su marcha, qué suministros y servicios prestaban y qué mercancías compraban a los ejércitos. Finalmente, el trabajo se cierra con un apartado de conclusiones, al que sigue la bibliografía utilizada, dividida en fuentes clásicas y trabajos modernos.

2. La guerra en el mundo griego en la época clásica: breve aproximación

La guerra en Grecia en época clásica es heredera de los siglos anteriores. En época arcaica, el servicio militar era considerado una obligación cívica, por lo que este no estaba remunerado y, además, los ciudadanos-soldado debían costearse su propio equipamiento (Sage,

⁵ <https://www.perseus.tufts.edu/hopper/>

⁶ Nos centraremos en esta tipología por poseer una estructura más planificada que los campamentos de marcha y no responder a una necesidad directamente combativa como los campamentos de asedios, más propios para un trabajo sobre poliorcética.

1996: 58)⁷. Los soldados tenían que llevar también su propia comida para los primeros días, por lo que, en caso de alargarse el conflicto, debían de recurrir a la compra o el pillaje como medio de abastecimiento (Sage, 1996: 55). No obstante, por lo general, las campañas eran relativamente breves; de hecho, la falange hoplítica, desarrollada en época arcaica, fue un tipo de formación ideado inicialmente para la defensa de los campos de cultivo (Sage, 1996: 25-28). En este marco, las campañas solían tener lugar en terreno conocido y solucionarse en pocos enfrentamientos, por lo que los campamentos militares funcionaban meramente como espacios de descanso antes de la batalla (Álvarez Rico, 2013: 104).

Los grandes conflictos bélicos que marcaron el siglo V a.C., como fueron las guerras médicas y la guerra del Peloponeso, así como el paulatino desarrollo del mercenariado y, con él, el incremento de la experiencia de mercenarios griegos bajo el mando de los grandes imperios extranjeros, favorecieron ciertas innovaciones desde el punto de vista militar (Álvarez Rico, 2013: 40). Así, por ejemplo, para el caso de Atenas, se introdujo el *misthos* o “pago” para los ciudadanos atenienses por servir en el ejército, tal y como se indica en el siguiente pasaje de Tucídides en alusión al pago por servir en la flota de guerra: “La flota había sido cuidadosamente aprestada con grandes gastos de los trierarcos⁸ y de la ciudad: el Estado daba una dracma al día a cada marinero” (Th., 6.31.3). Del mismo modo, en la *Anábasis* de Jenofonte nos encontramos menciones a la soldada debida a las tropas mercenarias, al querer ser contratados por los lacedemonios: “cada soldado tendrá un dárico de soldada mensual, los capitanes el doble y los estrategos el cuádruple” (X., *An.*, 7.6.1)⁹. Las campañas, que antes se concentraban en los meses estivales, comenzaron a hacerse más largas y, por tanto, más costosas. Esto significó una redefinición de los campamentos que ahora debían cubrir necesidades nuevas y durante más tiempo (Álvarez Rico, 2013: 104-105). Junto a los cambios señalados, también el equipamiento de los hoplitas se fue volviendo más ligero, priorizándose la movilidad frente a la protección. Esta decisión estaba motivada por la colaboración en batalla con otro tipo de formaciones y unidades militares, permitiendo a los generales desarrollar nuevas tácticas para la falange (Sage, 1996: 135-137). La reducción en la protección del equipamiento redujo su coste, lo que, a su vez, significó que las ciudades griegas pudieron abrir el ejército a más población. Ejércitos más grandes permitían un mayor despliegue de sus fuerzas en el terreno, lo que hacía que las campañas fueran más complejas. Con el apogeo de las ligas

⁷ No se conoce el momento exacto en el que se comienza a pagar a los soldados por su servicio, aunque se atribuye a Pericles (primera mitad del siglo V a.C.) el pago a los remeros atenienses (Guía Valdés, 2020: 167).

⁸ Cargo ateniense.

⁹ A modo de comparación, el propio Jenofonte vende su caballo por 50 dáriscos (X., *An.*, 7.8.6).

de naturaleza militar (*symmachiai*), como la Liga de Delos (en su origen)¹⁰, y otras entidades suprapolíticas griegas, los ejércitos más grandes y de múltiples ciudades se empezaron a normalizar. Una maquinaria militar mayor traía consigo la necesidad de reelaborar cuestiones del arte de la guerra, como la producción de excedentes (para alimentar a una población que no estaba trabajando en los campos) o la distribución de los víveres. Sin embargo, los sistemas de financiación de las *poleis* no estaban preparados para gastos tan grandes, por ejemplo, los trirremes de Atenas durante la guerra del Peloponeso eran cofinanciados con recursos públicos y privados (Th., 6.31.5; Guías Valdés, 2020: 167-168). Los sistemas de avituallamiento tampoco estaban perfeccionados, de modo que, los soldados seguían teniendo que ocuparse de procurarse su alimento mediante el saqueo o la compra de comida a los comerciantes que seguían al ejército con su parte de botín o con su soldada (X., *An.*, 5.1.6; Sage, 1996: 55-56), a los que se unían vendedores de esclavos o prostitutas, entre otros¹¹.

Las innovaciones militares verían su culmen en el siglo IV a.C. con las figuras de Filipo II y Alejandro Magno de Macedonia, quienes realizaron profundas reformas en su ejército, las cuales se acabaron extendiendo al resto del mundo griego. Así, Filipo adaptó el equipamiento de los hoplitas, reduciendo su coste e implementando la *sarissa* (una lanza de grandes dimensiones). Además, con el objetivo de afianzar su reino, este monarca reclutó un contingente de 10.000 infantes macedonios (Sage, 1996: 166). Paralelamente a la transformación en la infantería, la caballería pesada propia de Macedonia resultó igualmente clave en la configuración del ejército de Filipo, quien incorporó la formación en cuña para potenciar su efectividad (Sage, 1996: 175). También modificó los sistemas y máquinas asedio, incluyendo, asimismo, especialistas técnicos en los ejércitos (Saez, 2005: 189-194). Todas estas innovaciones fueron utilizadas en varias ciudades durante la expedición de Alejandro Magno en Oriente, como en Tiro¹².

Las consecuencias de todas las reformas citadas fueron múltiples: así, por ejemplo, el cambio del equipamiento de la infantería hizo que este fuera más barato, permitiendo reclutar más hombres y, por tanto, disponer ejércitos mayores, que era necesario alimentar; los asedios

¹⁰ Constituida en el siglo V a.C. como una alianza militar (con un ejército “federal”) para la continuación de la guerra contra los persas tras las guerras médicas, esta acabó siendo un instrumento de Atenas para imponer su hegemonía en Grecia.

¹¹ Entre las fuentes consultadas para este TFG se han encontrado dos ejemplos de mercaderes siguiendo a ejércitos no griegos. Así, en la *Anábasis*, Jenofonte indica que a Ciro el joven le seguía un mercado (X., *An.*, 1.3.14); Arriano, por su parte, en su *Anábasis de Alejandro Magno*, aludiendo al inicio de la campaña de este último en Persia, comenta que unos mercaderes seguían a los “tracios independientes” (Arr. *Anab.*, 1.1.6).

¹² Ciudad portuaria de la actual Siria, en cuyo complejo y largo asedio Alejandro Magno demostró las capacidades poliorcéticas de su ejército (Elliot, 2021: 155 y 160).

dejaron de ser episodios aislados, para convertirse en eventos que podían extenderse durante meses, lo que, a su vez, derivó en campañas más largas; la caballería comenzó a cobrar un mayor papel dentro y fuera de la batalla, siendo también esencial a la hora de proteger a soldados que salían a buscar alimento. Durante las guerras contra los estados griegos, las tropas de Filipo II ascenderían a 20.000 soldados de infantería y 2.000 de caballería (Sage, 1996: 180). Alejandro Magno al inicio de su campaña contó con un poderoso ejército de 40.000 infantes y 6.000 jinetes, entre griegos y macedonios, al que se le acabarían uniendo tropas asiáticas, además de mercenarios de diferentes territorios (Sage, 1996: 178, 183, 186). Para abastecer a un ejército de estas dimensiones, Alejandro, durante sus conquistas, priorizó el saqueo y la incautación de bienes como medio de sustentación de su ejército (Arr. *Anab.* 1.5.9)¹³, mientras que los persas ya utilizaban desde hacía tiempo la reubicación de excedentes (Hdt. 7.25.2), método que luego utilizarían los monarcas helenísticos.

Tras esta aproximación de las prácticas bélicas helenas, vamos a centrarnos en el tema que nos ocupa: el campamento militar griego, la problemática en su estudio, su terminología, tipología, sus diferentes partes y la vida diaria en ellos.

3. La vida en campaña: los campamentos en época clásica

La vida de las tropas griegas en campaña nos es, en gran medida, desconocida, puesto que no disponemos de tratados específicos que aborden la vida en los campamentos militares en época clásica, como sí tenemos para el mundo romano, donde destacan el *Epitoma rei militaris* de Vegetio o las *De metatione castrorum* de Pseudo-Higinio (Álvarez Rico, 2013: 23), así como —aunque la información aportada sobre este tema es más indirecta— las *Estratagemas* o *Strategemata* de Polieno. Por lo que respecta al mundo griego, sin embargo, la mayoría de estos tratados no se han conservado, y los trabajos que sí lo han hecho, aportan una información bastante limitada o restringida a ciertos aspectos concretos. Así, sabemos de la existencia de una obra del siglo IV a.C., hoy perdida, escrita por Eneas Táctico, titulada *Stratopedeutike biblos*, la cual trataba precisamente de los campamentos militares griegos (Álvarez Rico, 2013: 26); mientras que la *Poliorkética*, del mismo autor, que sí ha llegado hasta nosotros, aunque se centra eminentemente en los asedios, aporta cierta información sobre una tipología de campamento en concreto: el campamento de asedio. Es por ello, que la reconstrucción de los campamentos militares griegos y de la vida en estos requiere de la

¹³ Sobre estas cuestiones véase también la nota del traductor (n.75 p. 154).

recopilación y análisis de información proporcionada por diferentes autores procedentes de diversas épocas, como Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Eneas Táctico o Arriano. De estos autores, quién más información proporciona para la época clásica es el ateniense Jenofonte. Este autor, además, ofrece una información de primera mano, pues fue mercenario en el ejército de Ciro el Joven y participó en el periplo de los Diez Mil, el cual narra en su *Anábasis*.

A pesar de las dificultades mencionadas, a continuación, trataremos, en la medida de lo posible, de ofrecer una panorámica general de los campamentos griegos. Para ello, en primer lugar, nos aproximaremos a la terminología empleada para referirse a estos espacios, así como a la tipología de los mismos; en segundo lugar, presentaremos los criterios seguidos para erigir los campamentos y veremos cómo se articulaban estos; y, en tercer y último lugar, examinaremos cómo se organizaba la vida en dichos recintos.

3.1 Terminología y tipología

A la escasez de fuentes y la dispersión de la información sobre los campamentos griegos a la que aludíamos anteriormente, se suman también las dificultades derivadas de la terminología griega referente a estos. Si bien los campamentos militares están presentes en la literatura griega desde sus mismos orígenes, como pone de manifiesto la *Iliada*, donde buena parte de los hechos narrados transcurren en el campamento aqueo, no se emplean, sin embargo, en este poema términos específicos que se refieran a este recinto, utilizándose, en cambio, perífrasis para referirse a dicho lugar. No es hasta el siglo V a.C., con Heródoto, cuando el término στρατόπεδον (*estratopedon*) comienza a generalizarse para definir el lugar donde se asienta el ejército, empleándose también para designar a la tropa en campaña. Sin embargo, στρατόπεδον no es el único término que sirve para designar al campamento, encontrándose igualmente la fórmula τά ὅπλα (*ta hopla*) para aludir al lugar de emplazamiento para la acampada y el sustantivo παρεμβολή (*parembole*) para definir específicamente al campamento militar en campaña, usualmente fortificado (Álvarez Rico, 2013: 35-50).

Junto a la cuestión de la diversidad terminológica, nos encontramos también ante una diversidad tipológica de los propios campamentos, la cual responde a la distinta intencionalidad con la que estos fueron erigidos. Sin entrar en demasiados detalles, podemos diferenciar las siguientes tipologías: el campamento de marcha, simple y efímero, establecido al final de cada jornada; el de descanso de la tropa, pensado para durar varios días mientras el ejército se abastecía de provisiones antes de seguir la marcha; el permanente, establecido para dominar un territorio alejado del lugar de origen durante un largo periodo, por lo que, por lo general,

contaría con estructuras defensivas; y el de asedio, también concebido para permanecer en el tiempo que se trataba de rendir una determinada plaza y que contaba, igualmente, con elementos defensivos (Álvarez Rico, 2013: 97-128). Pese a ser los más habituales, los campamentos para descanso de la tropa o para el abastecimiento de provisiones no han dejado una huella arqueológica perceptible debido, precisamente, a su naturaleza efímera, como sí han podido dejarla, aunque en pequeña medida, los otros dos tipos de campamento. A las tipologías anteriores, pueden sumarse también otra clase de campamentos, que respondería a necesidades diversas, como defender la flota o la ruta de suministros por mar (Álvarez Rico, 2013: 64-65 y 120-128).

3.2 Logística previa y distribución del campamento

Antes de comenzar con las labores de acampada era necesario realizar diversos preparativos y tener presente una serie de consideraciones. Los ejércitos disponían de unidades de reconocimiento que precedían a la tropa, siendo una de sus funciones la de encontrar un lugar apropiado para establecer el punto de acampada (X., *An.*, 1.8.1 citado en: Álvarez Rico, 2013: 70). Una vez reconocido el entorno, el jefe militar tenía la última palabra para decidir dónde se establecería el campamento (X., *Lac.*, 13.10 citado en Álvarez Rico, 2013: 70). A diferencia del mundo romano, las fuentes no nos permiten afirmar que existiera un oficial específico que estuviese al mando de la instalación del campamento, al menos no hasta las reformas militares de Filipo II y Alejandro Magno (Álvarez Rico, 2013: 70), aunque sí parece que estas labores estarían a cargo de varios oficiales veteranos asistidos por grupos de esclavos y soldados encargados de la *impedimenta*¹⁴ (Álvarez Rico, 2013: 71 y 79).

La elección del lugar para el campamento estaba motivada por tres criterios: el criterio logístico, el defensivo y el de salubridad.

La necesidad de abastecimiento o logística era un aspecto clave ya que la cantidad de agua y de alimento diario requerida por las tropas era muy elevada, a la que habría añadir lo consumido por el personal no militar y las bestias de tiro (Álvarez Rico, 2013: 52-59)¹⁵. El abastecimiento de agua y provisiones se podía realizar mediante el comercio, pero también recurriendo al saqueo o requisando los bienes de las poblaciones locales. En cualquiera de los casos, para el transporte de los víveres se utilizaban columnas de animales de carga y personas,

¹⁴ Término latino que alude al conjunto de bagajes del ejército.

¹⁵ Álvarez Rico toma los datos de D. W. Engels para fijar el consumo por soldado en 1.5 kg de grano y 2 litros de agua por soldado y 4.5 kg de grano o forraje y 11 litros de agua por animal de carga (Álvarez Rico, 2013: 53 y 55).

por lo que era preciso que el campamento se situara en un terreno accesible y no excesivamente separado del lugar de abastecimiento. Además, como comentamos en el apartado anterior, el saqueo conllevaba la necesidad de dispersar a las tropas, lo que podía suponer riesgos que echasen a perder la campaña entera (X., *An.*, 5.1.6), por tanto, si era factible, no se solía acampar lejos de poblaciones y de fuentes de agua.

El campamento debía ser para el soldado el lugar seguro donde descansar durante la campaña, por lo que el criterio defensivo/táctico (Álvarez Rico, 2013: 59-62), en la medida de lo posible, determinaba que el emplazamiento dispusiera de elementos naturales de defensa, como colinas, barrancos, ríos o edificaciones ya existentes. Comúnmente se utilizaban puntos elevados para la edificación del campamento, pero estos podían suponer también una desventaja, ya que, si el acceso a aquel era muy difícil, existía la posibilidad de sufrir un asedio o que el abastecimiento de víveres se interrumpiera.

El último criterio a la hora de elegir el emplazamiento del campamento era, como ya adelantamos, el de la salubridad (Álvarez Rico, 2013: 62-64). No se trataba esta de una cuestión menor, ya que las enfermedades no solo podían debilitar y causar la muerte entre los soldados, sino que también podían minar la moral de sus compañeros sanos, lo que podía provocar desertiones. Por lo tanto, los jefes militares trataban de establecerse lejos de lugares pantanosos o poblaciones que estuviesen afectadas por una epidemia. Es oportuno aclarar en este punto, que ninguno de estos tres criterios mencionados era inamovible, ya que las necesidades de cada momento y la causalidad de la campaña podían empujar a los generales a tomar ciertos riesgos en *pro* de sus objetivos.

Pasando ahora a la organización interna de los campamentos militares, es posible que la obra perdida de Eneas Táctico, *Stratopedeutike biblos*, tratase los pormenores de esta cuestión, como la presencia y la ubicación de las letrinas, de los altares, de los puntos de reunión, etc. Si bien contamos con evidencia de algunos de estos espacios y de su disposición aproximada por menciones puntuales en las fuentes que han llegado hasta nosotros, no conocemos todas sus características.

M. Álvarez Rico reconstruye los campamentos griegos apoyándose tanto en las fuentes griegas como en la comparación con los campamentos romanos y los de la Edad Moderna¹⁶, pero teniendo en cuenta las particularidades helenas (Álvarez Rico, 2013: 75-95). Así, por

¹⁶ La elección de estas dos épocas no es casual, ambos ejércitos basaban su poder bélico en la infantería, lo que tenía un reflejo en el modo de organizar sus campamentos.

ejemplo, mientras que los romanos acabaron desarrollando un plano de sus *castra* “normalizado” (Goldsworthy, 2004: 83-89)¹⁷, los campamentos griegos, como ya hemos mencionado anteriormente, no seguían un modelo estandarizado, sino que estos se adecuaban a las necesidades y las consideraciones de los comandantes en cada ocasión.

Cuando hablamos de “campamentos militares”, hay que tener también en cuenta la coexistencia de diferentes campamentos durante las expediciones: el de la tropa principal (que podía o no ser compartido con los aliados¹⁸), el de los mercenarios (si los había), el de los sirvientes y el de los “seguidores de campamentos”. Desconocemos si estos dos últimos grupos compartían espacio de descanso o si cada uno disponía de su propio lugar de acampada (Álvarez Rico, 2013: 92), lo que sí que podemos confirmar es que los “seguidores de campamentos” se establecían siempre fuera del área militar (Elliot, 2021: 182). La distancia que separaba los diversos campamentos era reflejo de la confianza que hubiera entre las partes. Si un ejército estaba compuesto por soldados de diferente origen, las tropas se agruparían según su procedencia y cada general contaría estancias diferenciadas. En el siglo IV a.C., en la *República de los Lacedemonios*, Jenofonte nos indica que el ejército espartano organizaba sus tropas en unidades militares (*mora*) (X., *Lac.*, 12.5); Polieno, por su parte, ya en el siglo II d.C., señala que el ejército tebano seguía un sistema similar al espartano (Polieno 2.3.11, citado en Álvarez Rico, 2013: 78-79). Sabemos, además, que entre las diferentes tiendas o barracas en las que se alojaban las tropas existirían espacios a modo de “calles”, lo suficientemente grandes para facilitar la movilidad de los soldados y diferenciar las divisiones internas en las que se organizaba el ejército (Álvarez Rico, 2013: 75 y 80).

Los campamentos estables y semiestables contaban también con ciertos lugares “especiales”, aunque el lugar de emplazamiento específico de aquellos de ellos y muchas de sus características nos son desconocidas. Así, por ejemplo, sabemos que la tienda del *strategos*, o general, debía situarse en el lugar más protegido, normalmente en el centro del campamento y, de ser posible, dicho emplazamiento debía permitir una visión general de este. En caso de haber varios *strategoi* (como en el caso de los Diez Mil¹⁹), cada uno dispondría de su propia estancia. Álvarez Rico plantea la teoría de una posición específica en el ámbito próximo al general para tropas de élite, la guardia real o los éforos que acompañaban al rey en el caso

¹⁷ A pesar de ello, las excavaciones arqueológicas han demostrado que la ubicación de las partes de los campamentos romanos también variaba.

¹⁸ Puede haber diversos motivos para que los aliados no compartan un mismo campamento o que esté claramente dividido, como la jurisdicción legal de los diferentes generales que forman el ejército (Álvarez Rico, 2021: 151).

¹⁹ Este ejército tuvo cinco *strategoi*, entre ellos, el propio Jenofonte (X., *An.*, 3.1.47).

espartano (Álvarez Rico, 2013: 84-85). Frente a la tienda del mando debía establecerse un amplio espacio que permitiera reunir al conjunto del ejército para las asambleas y la actividad política de la vida en campaña. En este entorno se situarían los heraldos y mensajeros a fin de comunicar las órdenes con la máxima presteza (Álvarez Rico, 2013: 84-85). En las inmediaciones a estos espacios se colocarían altares destinados a actos religiosos como sacrificios, de los que probablemente no participaría todo el ejército²⁰, solo aquellos señalados por el mando (X., *An.*, 6.5.3; *Lac.*, 12.7 y 13.4). Las letrinas, por motivos de sanidad, se localizarían fuera de la zona de hábitat. Aunque no se conoce la distancia a la que se debían situar, la *República de los Lacedemonios* permite intuir que estas no estarían demasiado lejos del campamento por motivos de seguridad (X., *Lac.*, 12.4).

Al igual que ocurre con algunos de los espacios anteriores, tenemos constancia de un lugar determinado para custodiar el botín, pero desconocemos su posición exacta, aunque posiblemente se trataría de un lugar fácil de defender y vigilar. En lo referente a las estancias de los esclavos y sirvientes, se debate sobre si estos permanecerían junto a sus amos, si, por el contrario, ocuparían su propio espacio o si, como tercera posibilidad, compartirían su lugar de descanso con los “seguidores de campamentos”.

Existe cierta polémica, igualmente, sobre si los campamentos griegos se fortificaron o no. Por norma general, parece que los *strategoí* tendían a confiar en los elementos naturales y los sistemas de guardias y vigías para la defensa de los campamentos. En aquellos de tipo más “efímero”, destinados para el breve descanso de las tropas, pudieron existir elementos defensivos simples para proteger lugares clave²¹, siempre en función de las preferencias de los generales. Los campamentos establecidos de manera más permanente con la intención de dominar la zona o con fines de asedio sí que contaron con estructuras defensivas, tal es el caso de los campamentos atenienses durante la expedición a Sicilia, en el contexto de la guerra del Peloponeso (Th. 6.66 y 7.60.1-2 citado en Álvarez Rico, 2013: 159).

Una vez examinado el modo en el que se disponían y articulaban los campamentos griegos, es necesario preguntarse cómo se estructuraba la vida dentro de aquellos.

3.3 Vida diaria

La ley ordena públicamente a todos los lacedemonios que hagan ejercicio físico mientras están de expedición; con tal de que estén con mejor moral respecto a sus propias fuerzas y su aspecto

²⁰ Normalmente los soldados no presenciaban los sacrificios, pero para ganarse su confianza los generales podían convocarles (Álvarez Rico, 2013: 194).

²¹ Como el punto donde se custodiaba el botín y la *impedimenta*.

sea más noble que el de los demás. No se pueden hacer paseos o carreras más allá del espacio que ocupa su *mora*, para que nadie se encuentre lejos de sus armas. Tras los ejercicios físicos, el polemenco proclama por heraldo que se sienten. Esto es una especie de revista. Después almuerzan e, inmediatamente, relevan los puestos avanzados de guardia. Luego hay entretenimiento y tiempo de descanso, antes de los ejercicios físicos de la tarde. A su vez, después de esto, se anuncia la cena por heraldo y, a continuación, entonan canciones a los dioses cuyos sacrificios resultaron favorables y descansan junto a las armas.

(X., *Lac.*, 12.5-7)

Este es el esquema temporal recogido por Jenofonte en la *República de los Lacedemonios*, a partir del cual Álvarez Rico propone un modelo básico e ideal del funcionamiento de los campamentos griegos, tomando como referencia el caso espartano (Álvarez Rico, 2013: 193). En opinión de este autor, el estudio de esta y otras fuentes clásicas permite confirmar, en términos generales, un esquema similar para el resto de los ejércitos helenos. Ahora bien, es preciso matizar ciertos aspectos del texto, así como completar elementos relativos al “tiempo de descanso” o a las actividades realizadas por los *strategoí* (Álvarez Rico, 2013: 193-200).

Comenzaremos comentando dos elementos señalados por Jenofonte, más de carácter excepcional que diario: primero, la revista de las tropas, la cual no tendría por qué ser una actividad diaria, sino que podría darse solo en ciertas ocasiones (Álvarez Rico, 2013: 197)²²; segundo, las competiciones atléticas y el entrenamiento militar entre divisiones del ejército, que, pese a las dificultades que planteaba su realización,²³ se incentivaba, pues eran un medio de combatir la indisciplina de los soldados.

Obviando estas prácticas de tipo más “extraordinario”, el día en el campamento comenzaba, por lo general, con las primeras luces del alba, o incluso antes. En ese momento, los *strategoí*, antes de dar ninguna orden, realizaban los sacrificios necesarios; tras esto, se comunicaban los mandatos y, mediante la voz de los heraldos, se daba el aviso para la primera comida del día, la cual debía de aportar la energía suficiente para toda la jornada. Este momento coincidía también con la finalización de las guardias nocturnas y, a partir del mismo, se permitía la entrada y salida del campamento.

Los centinelas se dividían en pequeños grupos armados de al menos tres soldados, sus vigías eran tediosas y debían ser realizadas estrictamente, pues los castigos si se les sorprendía distraídos o durmiendo, eran especialmente duros. Principalmente existían dos tipos de guardias

²² La revista de las tropas se realizaría para conocer los medios del contingente, preferiblemente antes y después de las batallas, si era posible, también podría servir para impresionar a ciertos visitantes (X., *An.*, 2.3.3).

²³ Era complicado lograr que los ciudadanos-soldado formaran parte de estos ejercicios, el comandante Agesilao ofrecía premios para incentivar la participación (X., *Hell.* 3.4.16 citado en Álvarez Rico, 2013: 196).

en función de la zona que vigilaban: los que custodiaban el perímetro inmediato del campamento y aquellos que ocupaban puestos de avanzada más lejanos. El primer grupo estaría presente en todos los ejércitos, se ocuparía de permitir o denegar el paso al campamento y de detectar los posibles peligros inmediatos realizando rondas de patrulla. El segundo grupo estaría presente solo si lo ordenaba expresamente el mando, permitía disponer de una zona de seguridad más amplia que dotase a los soldados y sus sirvientes de un área en la que forrajear sin peligro (Álvarez Rico, 2013: 169-192).

Ahora bien, las principales actividades de los soldados serían aquellas dedicadas al avituallamiento (comida, agua, leña para las hogueras, forraje para las bestias) y al saqueo de botín y víveres (Álvarez Rico, 2013: 194)²⁴. Esta última actividad podía ser llevadas a cabo por los soldados por propia iniciativa o por el mandato expreso de los generales (lo cual influía en la propiedad del botín); no hay que olvidar que la sociedad de la Grecia clásica tenía un fuerte componente político, este también estaba presente en la vida militar, por lo que, las asambleas eran habituales y podían ser convocadas tanto por los *strategoí* como por los propios soldados²⁵. Otra de las actividades que tendrían lugar recurrentemente, sería aquella que tendría que ver con las labores de exploración, para las cuales se establecían partidas de reconocimiento con fin de localizar, vigilar y espiar a los enemigos además de informar de todo tipo de información que pudiera resultar de interés, como lugares donde aprovisionarse, pasos ocultos en terreno montañoso, etc. Estos serían los trabajos y obligaciones de los soldados, obviando el desmonte de la acampada antes de iniciar la marcha y la formación hacia la batalla (ambas realizadas preferiblemente por la mañana).

El tiempo libre de cada soldado sería gestionado por cada individuo, pudiendo descansar en sus tiendas, ocuparse de su higiene, beber, jugar a los dados, visitar el mercado, emprender saqueos junto con otros soldados (previa autorización del mando), etc.

El día en los campamentos concluía con la llamada para la cena. No existía un espacio común para este fin, sino que esta y otras comidas se realizaban en pequeños grupos, con los denominados “compañeros de tienda”. Los oficiales del mando comían en conjunto, decidían las acciones a tomar al día siguiente, realizaban las libaciones a los dioses y cada uno se retiraba

²⁴ Para estas actividades sería indispensable la ayuda de sirvientes y esclavos, pues las tareas de avituallamiento serían realizadas mayoritariamente por estos grupos y durante el saqueo contribuirían cargando con el peso del botín.

²⁵ Por ejemplo, tras la muerte de los primeros generales, en la *Anábasis* de Jenofonte se ordena reunir en asamblea a los soldados (X., *An.*, 3.1.42), posteriormente se debate a votación de los soldados tomar la ayuda de los sinopeses (X., *An.*, 5.6.1). Heródoto nos cuenta cómo los soldados en Salamina, debido a su descontento, presionaron para convocar una asamblea (Hdt. 8.74.1-2 citado en Álvarez Rico, 2013: 197).

a su tienda. Tras ello se establecían las guardias nocturnas, se decidía el santo y seña y se cerraba la salida y el acceso del campamento (Álvarez Rico, 2013: 197-198).

Tras habernos centrado en los aspectos más formales de los campamentos militares y la vida en campaña, es necesario poner ahora el foco de atención en todas las personas que seguían a los contingentes helenos y que no figuraban como parte estos, los conocidos como “seguidores de campamentos” y, en especial, dentro de este grupo, prestaremos atención al sector más numeroso, el de los mercaderes, deteniéndonos en el marco en el que se llevaban a cabo las actividades de compra-venta y en los productos con los que se comerciaba.

4. Los “seguidores de campamentos”

Es importante recordar en este punto que los ejércitos griegos no estaban compuestos únicamente por soldados, sino que también contaban con personal especializado para cubrir ciertas necesidades (X., *An.*, 6.5.3; Th. 6.44. Cf. Saez, 2005: 189-190; Rawlings, 2013: 71). Así, por ejemplo, en la *República de los Lacedemonios* se hace referencia la presencia de especialistas religiosos y magistrados:

En primer lugar, pues, hace (el rey) un sacrificio en su patria a Zeus Agetor y a los dos dioses. Si el sacrificio es favorable, entonces el portador del fuego toma el fuego del altar y marcha delante hacia los límites del país. Allí, el rey sacrifica de nuevo a Zeus y a Atenea. [...] Están presentes también dos éforos, que no tienen ninguna función asignada, si el rey no los invita, pero que observan el comportamiento de cada uno y mueven a todos a mantener el respeto conveniente. [...] Si alguien viene reclamando justicia, el rey lo envía a los *hellanódicas* si lo que reclama es dinero, a los tesoreros; si trae botín, a los vendedores de botín.

(X., *Lac.*, 13.2, 5 y 11)

La religión era un elemento muy presente en la sociedad griega y, por ende, también en el ámbito militar, de modo que las decisiones importantes no se tomaban sin realizar los sacrificios necesarios a los dioses (X., *An.*, 6.5.2)²⁶. Junto al personal religioso y a los magistrados, encontramos dentro de los ejércitos griegos a otros muchos no combatientes, como sirvientes personales, artesanos, panaderos, albañiles, intérpretes, etc., los cuales formarían parte del propio contingente, estando su presencia en este planeada por el *strategos*. Junto a estos, encontramos a otros individuos que podemos incluir igualmente dentro de los no combatientes en tanto que propiedad o familia de los soldados, pero cuya presencia no estaría

²⁶ En la *Anábasis* de Jenofonte, las referencias a sacrificios se hacen cada vez más recurrentes desde que el escritor es elegido como uno de los generales. Esto es debido a que era responsabilidad de aquellos consultar los movimientos estratégicos con los dioses mediante sacrificios, ya que se debía contar con su beneplácito. Esta práctica era tan importante que, como relata Jenofonte, se quedaron sin bestias que sacrificar (X., *An.*, 6.4.22).

necesariamente prevista por el mando. Así, los soldados podían disponer de esclavos y sirvientes personales (Sage, 1996: 58), que podían llevar consigo desde el inicio de la campaña, adquirir en el mercado o apresar en el campo batalla. Del mismo modo, había quienes llevaban consigo a sus amantes e incluso a sus familiares (Leitao, 2014: 231; X., *An.*, 4.1.14).

La cifra de individuos que compondría los ejércitos griegos es una cuestión que ha generado bastante debate; por ello, resulta todavía más difícil aportar cifras concretas para los no combatientes, tanto aquellos pertenecientes al ejército como los que eran ajenos a él. Para los contingentes persas, Heródoto fija el número de acompañantes al menos igual al número de combatientes (Hdt. 7.186.1), cifra de dudosa veracidad. Para el caso de los ejércitos seléucidas, Bar-Kochva se muestra escéptico ante los supuestos 200.000 civiles que seguirían al ejército de Antíoco VII en su campaña del 129 a.C. (Bar-Kochva, 1976: 11).

Una tarea más ardua aún es fijar una línea que permita distinguir entre los individuos que podríamos catalogar como “seguidores de campamentos” y aquellos no combatientes que sí formaban parte del ejército o acompañaban a un sujeto en específico de este. Si utilizamos como referencia el punto donde acampaban, las fuentes no son lo suficientemente esclarecedoras como para establecer una diferenciación clara. Si nos referimos a comerciantes únicamente (por mayoritarios que puedan ser), dejaremos de lado a otros individuos como guías momentáneos, prostitutas, adivinos itinerantes, etc. Asimismo, los soldados solían llevar consigo prostitutas, de modo que estas podrían incluirse entre los sirvientes y esclavos personales, lo que no impide, sin embargo, que otras ofrecieran sus servicios a una pluralidad de clientes sin vincularse con ninguno en especial. Tal vez, la mejor diferenciación sería la existencia de una cierta planificación o no en lo que respecta a la presencia de estos grupos. No obstante, esta interpretación tampoco se encuentra exenta de críticas pues, como veremos a continuación, algunos de los mercados en campaña se formaban por iniciativa de reyes o de generales; es decir, su presencia estaba meditada y era deseada.

En definitiva, los límites entre los no combatientes que forman parte del ejército y los que siguen a este tienden a difuminarse con facilidad. Es por ello, y con la información de la que disponemos hasta el momento, que consideramos que intentar establecer una delimitación clara entre uno y otro grupo, sería un trabajo fútil, especialmente considerando el componente tan heterogéneo de los mismos²⁷. Este hecho, sin embargo, no nos impide tratar de dar una

²⁷ Es posible que ya entonces fuera difícil discernir en un ejército en campaña qué grupos de no combatientes pertenecían al ejército y cuáles no, como se puede intuir por el término utilizado por Tucídides ὄχλος (“la multitud”) (Th. 7.78.2 citado en Álvarez Rico, 2021: 153). Jenofonte en la *Anábasis* también se refiere a estos grupos como “los esclavos y la multitud de los no combatientes” (X., *An.*, 6.5.3).

imagen aproximada de las “realidades” de los individuos que conformaban estos grupos de “seguidores” que acompañan a los ejércitos griegos.

4.1 Una multitud heterogénea

Como hemos indicado en la presentación de este apartado, el término de “seguidores de los campamentos” es relativamente vago, pues engloba situaciones y condiciones muy diversas. A pesar de ello, todos estos individuos y/o grupos comparten un elemento que permite incluirlos en la categoría anterior y es el hecho que, de un modo u otro, vendían bienes o servicios. Así, por ejemplo, conocemos por Jenofonte que las prostitutas eran bastante numerosas en el ejército mercenario que él mismo comandó, como se desprende de los siguientes pasajes de su *Anábasis*:

Dado que los sacrificios eran favorables, todos los soldados entonaban el peán y daban gritos de guerra. Las mujeres se unieron todas también con sus gritos, pues había muchas cortesanas en el ejército.

(X., *An.*, 4.3.19)

Tan pronto como en su marcha se encontraban con amigos, les mostraban niños de gente rica alimentados y criados con nueces hervidas, tiernos y muy blancos, y no les faltaba mucho para igualar el grosor con la altura, y tenían las espaldas pintadas de muchos colores y, por delante, unos tatuajes en forma de flores. Buscaban, además, unirse a la vista de todos, con las heteras que los griegos llevaban, pues tenían ellos esa costumbre.

(X., *An.*, 5.4.32-33)

Desafortunadamente, ni las fuentes clásicas ni la investigación actual nos permiten ampliar la información sobre las prostitutas que acompañaban a los ejércitos²⁸. Cabe deducir, no obstante, que si las diferencias no eran notables como para ser recogidas por un autor como Jenofonte, quien se molestaba en recopilar muchos de los detalles de la vida en campaña ignorados por otros escritores (Álvarez Rico, 2013: 27), podemos suponer que, probablemente, no serían diferentes de aquellas prostitutas que se pudieran encontrar en las ciudades.

Junto a las prostitutas, encontramos en las fuentes mención de otro tipo de individuos que seguían a los ejércitos, como podían ser los guías. La presencia de guías en los ejércitos griegos en campaña se encuentra atestiguada, entre otras, en Tucídides, quien nos relata cómo estos mostraban el camino a las tropas atenienses en territorio siracusano (Th. 7.80.6). Aunque estos guías eran buscados y/o apresados por el ejército entre la población local²⁹, también podía darse el caso de que estos se ofrecieran a prestar voluntariamente sus servicios a las tropas por

²⁸ Cabe mencionar a una “esclava bailarina” perteneciente a un arcadio que podría tratarse de una hetera (X. *An.*, 6.1.12).

²⁹ Es el caso del jefe de una aldea obligado a ser el guía del ejército mercenario, para ello se tomó a su hijo como rehén (X., *An.*, 4.6.2-3).

diversos motivos, tal es el caso de un guía de la ciudad de Gimnias (en las proximidades de la costa oriental del mar Negro), quien condujo a los Diez Mil al mar y quien, durante la travesía, animó a los mercenarios griegos a arrasar las tierras de los enemigos de su ciudad. Por sus servicios, recibió parte del botín:

Después de esto, los griegos despiden al guía, habiéndole dado como presentes de la comunidad un caballo, una copa de plata, un vestido persa, y diez dáricos. Él les pedía, sobre todo, anillos y obtuvo muchos de los soldados. Después de haberles indicado un lugar donde acampar y el camino por el que podrían llegar al país de los macrones, regresó por la noche.

(X., *An.*, 4.7.27)

Además de los guías, Jenofonte también relata que, en su periplo, se sirvió de adivinos e intérpretes (X., *An.*, 6.1.23 y 4.5.34). Sin embargo, aunque estos pudieron ser de origen local y contratados para momentos puntuales, dada la escasa información sobre estos proporcionada por el ateniense, no podemos afirmar que formasen parte de los “seguidores de campamentos”, pero tampoco del personal permanente del ejército.

Entre los “seguidores de campamentos”, son, sin embargo, los comerciantes quienes más veces aparecen mencionados en las fuentes, especialmente en la *Anábasis* de Jenofonte. El análisis del largo periplo del ejército de mercenarios griegos de los Diez Mil, a partir del relato de escritor ateniense, nos ha permitido identificar al menos tres tipos diferentes de mercaderes en esta campaña, una diferenciación, por otra parte, a la que no se alude en otros trabajos que se han ocupado de este tema. En primer lugar, se encontraban aquellos mercaderes que seguían a los ejércitos por su propia voluntad, con el objetivo de vender diferentes bienes o servicios (X., *An.*, 1.5.5-6; 5.7.13); en segundo lugar, estaban aquellos que eran designados por una autoridad³⁰ para aprovisionar a un ejército, ya fuera este propio o no (X., *An.*, 2.3.24); y en tercer lugar, encontramos aquellos que operaban en el mercado que podía establecer una ciudad o un conjunto de aldeas cerca del campamento militar para evitar que las tropas saqueasen sus tierras para obtener víveres³¹. Cabe matizar, no obstante, que sería relativamente habitual que estas tres tipologías se dieran a la vez, es decir, que, por ejemplo, en un mercado establecido por un general para abastecer a sus tropas existieran a su vez individuos que fuesen a vender sus productos por iniciativa propia. Es importante aclarar en este punto que los “seguidores de campamentos” no tenían por qué acompañar a la tropa a lo largo de toda la campaña. De hecho, es altamente probable que la inmensa mayoría de comerciantes no se alejasen en exceso de su

³⁰ Por ejemplo: un magistrado, una embajada, o como en el caso indicado, el rey persa.

³¹ En este último caso, además era costumbre intercambiar regalos entre ejército y asentamiento como gesto de buena voluntad (X., *An.*, 4.8.23-24).

hogar, por lo que solo acompañasen a las tropas por un cierto periodo de tiempo, argumento que se ve reforzado por el siguiente fragmento:

A continuación, empieza de nuevo: “Sabéis, sin duda, que había en las montañas plazas bárbaras, amigas de los cerasuntios, de donde bajaban algunos y os vendían animales y otras cosas que tenían, y me parece que había algunos de vosotros compraron y volvieron de nuevo.”

(X., *An.*, 5.7.13)

Este hecho puede inferirse igualmente de algunos pasajes de la *Anábasis*, en los que se menciona la negativa de algunos pueblos a vender víveres a los Diez Mil (X., *An.*, 3.1.1; 4.7.1; 5.5.19), ya que, si hubiera otros comerciantes que les vendieran suministros, el ejército no dependería de los recursos de la población local. Por lo tanto, cuando pensamos en los “seguidores de los campamentos”, habría que desterrar la imagen de un grupo conformado por comerciantes (y otra suerte de individuos) que acompañaba al ejército desde su salida de la patria a lo largo de toda la campaña, sino que, más bien, se debe de pensar que este grupo de “seguidores” se iría renovando o que, incluso, en ocasiones, podría no haber estado presente (en especial en las situaciones más extremas).

Teniendo en cuenta lo anterior, cabría preguntarse ahora si podría haber algún caso de comerciantes que recorrieran grandes distancias para vender sus productos a los soldados. Las fuentes no nos permiten afirmarlo con certeza, pero si tenemos en cuenta que, entre las mercancías que solían comprar los soldados se encontraban fundamentalmente comida, alcohol, esclavos o bestias, de origen local, y que los objetos de lujo se obtendrían por el saqueo y raramente por la compra³², la presencia de comerciantes de origen lejano sería bastante improbable. Además, habría que tener en cuenta, el factor de peligro que conllevaba las campañas, que sin duda disuadiría a muchos de seguir a las tropas por largos periodos en territorio hostil, así como la competencia de precios y productos. Si un soldado griego estaba en Persia y quería beber con sus compañeros de tienda, probablemente lo haría con el vino de palma asiático antes que con las caras importaciones de Grecia. Bien es cierto, que esto se aplicaría principalmente a los ejércitos desplazados en territorios de interior y no tanto en áreas costeras, donde, probablemente, el aprovisionamiento de productos foráneos sería más sencillo. En este sentido, Tucídides relata cómo, la flota ateniense que partió para la expedición a Sicilia (415 a.C.) fue seguida “de forma voluntaria” por “otras muchas embarcaciones” y que “grandes cargueros acompañaban a la armada con fines comerciales” (Th. 6.44).

³² Debido al esfuerzo de transportar los objetos y a los riesgos de perderlos durante la campaña.

Actividades mercantiles como las descritas conllevaban la necesidad de un control por parte de los militares, por tanto, se precisaban tanto oficiales que vigilaran los intercambios como un lugar apropiado para realizarlos, cuestiones a las que aludiremos en el siguiente subapartado.

4.2 El mercado

La presencia de un mercado (*agora*) próximo a los campamentos militares griegos es mencionado por Tucídides, Heródoto y Jenofonte (Th., 1.62.1; Hdt., 7.23.4; X., *An.*, 1.2.18). Así, las fuentes nos relatan cómo, habitualmente, el grupo de “seguidores”, denominado ἐμπόριον (*emporion*), instalaba su mercado fuera de los límites del campamento del ejército, en lugares que no obstaculizasen el movimiento de las tropas. El miedo a las consecuencias de la guerra y el deseo de seguir obteniendo beneficios llevaría a los mercaderes a aceptar las órdenes de los generales (Álvarez Rico, 2021: 153). En este sentido, cabe mencionar, por ejemplo, cómo, durante la expedición a Sicilia, los líderes siracusanos ordenaron mover a la costa el mercado (creado para abastecer a las tropas) para que los soldados de la flota siracusana pudieran desembarcar, alimentarse y enfrentarse nuevamente a los atenienses (Th., 7.39 citado en Álvarez Rico, 2021: 153).

Aunque no existen evidencias directas en este sentido, de la comparación con los mercados de las ciudades, es posible inferir que estos espacios de mercado podrían haber estado delimitados con postes y cuerdas. Asimismo, al igual que ocurría en los mercados de las ciudades griegas, tenemos noticias de la presencia de un ἀγορανόμος (*agoranomos*), un oficial encargado de vigilar y supervisar las transacciones comerciales (Álvarez Rico, 2013: 93-94). Una evidencia en este sentido la encontramos en un pasaje de la *Anábasis* de Jenofonte, donde se menciona cómo uno de estos oficiales tuvo problemas con los soldados:

Yo, por mi parte, fui a su encuentro y les pregunté qué era lo que ocurría. Entre ellos había algunos que no lo sabían, pero con todo tenían piedras en las manos. Y cuando me encontré con uno que lo sabía, me dice que los inspectores del mercado (*agoranomos*) se comportaban muy duramente con el ejército. En esto, uno ve al inspector Zelarco retirándose hacia el mar, y gritó. Y los otros cuando lo oyeron, se lanzaron contra él como si hubiese aparecido un jabalí o un ciervo.

(X., *An.*, 5.7.23-24)

En otro pasaje de esta misma obra se afirma que Clearco (principal *strategos* durante los inicios de la campaña en la que intervinieron los Diez Mil) fue asaltado por otros soldados griegos tras haberse encargado de vigilar el mercado (X., *An.*, 1.5.12). Aunque en este

fragmento no se puede afirmar que Clearco ocupase el cargo de *agoranomos*, sí que podemos observar un interés por el control del mercado por parte de los *strategoí*.

La principal función de los mercados de los ejércitos griegos en época clásica³³ era, como ya hemos adelantado, el aprovisionamiento de las tropas, tal y como se pone de manifiesto en la obra de Jenofonte y como secundan Sage (1996: 55-56) y Álvarez Rico (2021: 152). Teniendo en cuenta esta función, no resulta extraño que existieran figuras locales que organizaran la captación de recursos de poblaciones cercanas o de movilizar a sus habitantes para llevar los víveres hasta las inmediaciones de los campamentos, contando, quizás, con los recursos de los propios militares (como animales de carga o protección para moverse)³⁴.

Es necesario hacer alusión también aquí a la existencia de un tipo de oficiales presentes en los ejércitos griegos³⁵ conocidos como *laphyropolai* o “vendedores de botín” (X., *Lac.*, 13.11; *Ag.*, 1.18; *Hell.* 4.1.26; Rawlings, 2013: 151; cf. Sage, 1996: 125), cuya función principal sería la de intercambiar el botín común del ejército por víveres o monetizarlo. Esta actividad, sin embargo, no se limitaba a los mercados cercanos a los campamentos, sino que los ejércitos podían destinar un número determinado de tropas que, junto con estos oficiales y sus ayudantes, se hiciesen cargo de vender el botín en las ciudades. Este constante intercambio de bienes hacía que el ejército pudiera subsistir sin tener que recurrir al saqueo y, a la vez, hacía rentable el negocio de los comerciantes.

Ya hemos dejado claro la importancia de estos mercaderes que seguían a los campamentos para el sistema logístico de los ejércitos griegos de época clásica. Cabe ahora preguntarse si, del mismo modo que las tropas podían ser objetivo de los enemigos durante el pillaje para abastecerse o hacerse con botín, estos comerciantes y otros individuos que integraban esta masa de “seguidores de los campamentos” podían también convertirse en un

³³ El Imperio de Persa, debido a su amplitud e infraestructura, tenía la capacidad de movilizar los excedentes de comida durante la campaña (Hdt. 7.25.2). A pesar de ello, tenemos constancia también del uso de mercaderes para suministrar provisiones en campaña, en este caso a unos obreros (Hdt. 7.23.4). Por su parte, Alejandro Magno, durante sus conquistas, se sirvió del saqueo y la incautación de víveres de los alrededores donde acampaba (Arr. *Anab.* 1.5.9). Arriano también hace mención al reparto de comida por tiendas, de lo que se puede inferir que la búsqueda de sustento no recaía únicamente en los soldados en los soldados (Arr. *Anab.* 4.21.10).

³⁴ Es una hipótesis que, lamentablemente, ninguna fuente consultada nos ha permitido confirmar.

³⁵ Sin lugar a duda, estos estaban presentes en los ejércitos espartanos y, probablemente, también en los atenienses. El ejército de los Diez Mil, integrado por soldados procedentes de varias *poleis*, también contaba con este tipo de oficiales (X., *An.*, 7.4.2; 7.7.56), por lo que es defendible que estuviera implementado en la mayoría de los ejércitos helenos.

objetivo militar. En este sentido, M. Sage, cita el siguiente fragmento de *Helénicas* de Jenofonte³⁶:

Agesilaus told the officer in charge of the tent bearers to cross the Pactolus River with his men and set up camp. The Persian cavalry noticed and then killed many of the Greek camp followers who had dispersed in search of plunder.

(X., *Hell.*, 3.4.22, citado en Sage, 1996: 143)

Como podemos observar, estos sujetos podían ser y, en efecto, fueron objetivo de los ataques enemigos. Tucídides, en su *Historia de la Guerra del Peloponeso*, recoge la preocupación del mando ateniense por la seguridad de la “masa que acompañaba al ejército”, en referencia, muy probablemente, a estos “seguidores de campamentos”:

...pues en este caso la caballería siracusana, que era muy numerosa, mientras que ellos no contaban con fuerzas de caballería, causaría importantes daños a su infantería ligera y a la masa que acompañaba al ejército; de aquel modo, en cambio, ocuparían una posición en la que la caballería no podría causarles daños dignos de tenerse en cuenta.

(Th. 6.64.1)

Jenofonte también demostró preocupación por los “seguidores de campamentos” durante el regreso a la patria con los Diez Mil: “Embarcaron en las naves a los enfermos, a los mayores de cuarenta años, a los niños, a las mujeres...” (X., *An.*, 5.3.1). Un ejemplo de la participación de los “seguidores de campamentos” (en este caso disuasoria, pues impiden el saqueo del campamento) durante la guerra la encontramos en *Helénicas*, también de manos de Jenofonte:

Después de matar a Mnasipo, persiguieron a todos. Incluso habrían cogido el campamento con el atrincheramiento, de no haberse vuelto los perseguidores al ver la multitud de mercaderes, criados y esclavos, creyendo que podían prestar alguna ayuda.

(X., *Hell.*, 6.2.23)

Durante la época clásica, la economía monetaria coexistió con formas de economía más tradicionales, como el intercambio de productos, especialmente en contextos como las campañas militares, en las que el botín obtenido podría incluir desde seres humanos esclavizados y animales, hasta a joyas, metales preciosos y monedas. En este marco, resulta interesante examinar, aunque sea brevemente, los diferentes productos que eran objeto de venta o intercambio.

³⁶ Hemos considerado pertinente utilizar la traducción de Sage para este pasaje, ya que en esta se especifica el objetivo de la caballería persa (como lo hace el texto griego original), frente a la versión ofrecida por la editorial Gredos, que, en este caso concreto, resulta más vaga y ofrece una traducción menos precisa del texto griego.

4.3 Productos, provisiones y botín

“Plundering and trading went hand in hand. In the *Iliad* (7.467-75) Achaean warriors in camp exchanged their booty for wine, shipped over from Lemnos³⁷” (Rawlings, 2013: 151). Como bien pone de relieve L. Rawlings, ya en la *Iliada* encontramos mención a la presencia de mercaderes entre el legendario ejército griego que asedió la ciudad de Troya, en las costas de Asia Menor. Al igual que en el caso de los guerreros aqueos, comida y bebida parecen haber sido los principales productos buscados por los soldados en los mercados establecidos cerca de sus campamentos, como así lo confirman una serie de pasajes de la *Anábasis* de Jenofonte³⁸. No obstante, sabemos que, junto con los vendedores de este tipo de productos, los campamentos griegos también atraían la presencia mercaderes de esclavos³⁹, quienes podían tanto ofrecer personas para el servicio a los soldados como adquirirlas del botín de las tropas (X., *Ag.*, 1.21 citado en Rawlings, 2013: 151). De hecho, los esclavos, junto con el ganado, constituían la parte del botín que más beneficios reportaba a los ejércitos (Sage, 1996: 122). Estos, además, eran de gran utilidad, ya que se usaban en las marchas para cargar con la *impedimenta* del ejército. No obstante, por mucho peso que aquellos pudieran cargar, muchas veces podían suponer también un lastre para la movilidad de la tropa (Álvarez Rico, 2013: 89). Así, se entiende la decisión de los Diez Mil, en un momento en que se veían hostigados por el enemigo, de deshacerse de los prisioneros y esclavos que llevaban consigo (X., *An.*, 4.1.12-14 citado en Álvarez Rico, 2013: 90). Es por ello, que aquellos individuos esclavizados que no eran de utilidad para las tropas eran vendidos por medio de los *laphyropolai*, ya fuera en estos mercados próximos a los campamentos, ya en poblaciones cercanas, lo que, además, ayudaría a la monetización del botín y al pago de las tropas. La ley de la oferta y la demanda nos indica que una cantidad demasiado elevada de un determinado producto (ya fueran esclavos o no) podía hundir los precios del mercado, como nos indica M. Sage en el siguiente fragmento:

The number of captives and the amount of other booty might saturate the local market, as it did after the surrender of the Athenian army in Sicily in 413, and result in low prices and a lack of customers. When Philip V's successful Peloponnesian campaign in the summer of 218 resulted in such a great overflow of prisoners he took them to Leucas in western Greece for sale because the local market was flooded.

(Sage, 1996: 125)

³⁷ Una de las islas más cercanas a la costa asiática donde se situaba la ciudad de Troya.

³⁸ X., *An.*, 2.3.26; 2.4.28; 3.2.21; 4.8.23; 5.1.6; 5.5.6; 5.7.13; 6.1.1; 6.4.22; 7.3.4-5.

³⁹ Los esclavos podían ser considerados a la vez botín y objeto de compra por soldados o el ejército. Por ejemplo, antes de un asedio, se podían adquirir esclavos en el mercado como mano de obra para los trabajos bélicos, una vez que no se necesitasen venderlos. Lo mismo ocurriría con el ganado.

Comida, bebida y personas era lo que los mercaderes más vendían, pero ¿qué tomaban los soldados helenos como botín? De nuevo, la atención al detalle de Jenofonte durante su campaña en Asia nos puede arrojar luz sobre esta cuestión. Junto a los ya mencionados esclavos, el ganado (tanto mayor como menor), anillos, copas de plata y vestidos persas, añadimos: “todo tipo de objetos de bronce”, “hermosos vestidos y vasos”, “escudos de mimbre cubiertos de piel de buey sin curtir”, lechos, cofres y libros escritos”⁴⁰. Así, por la mención de copas de plata y anillos, podemos inferir que también llamarían la atención de los soldados objetos realizados con este material y otras joyas. La presencia en el texto de los escudos nos permite inferir que armas encontradas o, abandonadas en el campo de batalla, también se tomaban, de igual manera que ocurría con otros objetos cotidianos. Para completar esta lista de objetos tomados como botín, cabe citar a Heródoto, quien, en el libro noveno de sus *Historias*, relata el saqueo por parte de unos hilotas de un campamento persa:

Ellos, entonces, se dispersaron por el campamento persa y encontraron tiendas recamadas con oro y con plata, divanes con incrustaciones de oro y plata, y cráteras, copas y otras vasijas de oro; también encontraron, en unos carros, sacos en cuyo interior aparecieron calderos de oro y de plata; y a los cadáveres que yacían en el suelo los despojaron de sus brazaletes, de sus collares y de sus alfanjes, que eran de oro, sin que se prestara la menor atención a su ropa, pese a sus ricos bordados.

(Hdt. 9.80.2)

La distribución del botín estaba reglada y acordada, primero por la *polis* y luego por el propio ejército. M. Sage menciona una ley del siglo IV a.C. de la ciudad de Tegea (situada en la península del Peloponeso), en la que se especifica que una parte del botín (común) conseguido en la guerra debía destinarse a la reparación de las construcciones públicas dañadas por la guerra (M. Sage, 1996: 125). Heródoto, por su parte, hace referencia a la deducción de una parte del botín, en este caso para honrar al dios Zeus (Hdt. 1.89.3), un elemento que aparece también en la *Anábasis* de Jenofonte, donde se menciona cómo se reserva una parte de este para honrar a los dioses Apolo y Ártemis (X. *An.* 5.3.4). En este pasaje, además, se alude al reparto del dinero obtenido por la venta de prisioneros.

En el subapartado de “Vida diaria” adelantamos que la propiedad del botín dependía de si las expediciones de saqueo estaban planeadas por grupos independientes, en las que el botín sería privado, o si las hacían el ejército en conjunto, siendo el botín común en estos casos (X.,

⁴⁰ Desde “todo tipo de objetos de bronce”: X., *An.*, 4.1.8; 4.3.25; 4.7.22; 7.5.14. Junto con todas estas referencias a objetos, Jenofonte también enumera víveres procedentes de algunos lugares saqueados, aportando una interesante información sobre las producciones de los lugares por los que pasaba. Dado que estos se cogían con el objetivo de ser consumidos y no intercambiados, no nos ha parecido necesaria su recopilación.

An., 6.6.2 citado en Álvarez Rico, 2013: 194). No obstante, existían excepciones, como la necesidad de costear la soldada:

Yo, soldados, os pido que hagáis la expedición conmigo y os prometo dar, a los soldados un ciciceno y, a los capitanes y estrategos, el sueldo acostumbrado. [...] Tendréis comida y bebida, como ahora, pero tomándolo del país. Pero todo lo que se coja exigiré que sea de mi propiedad para poder venderlo y pagaros el sueldo.

(X., *An.*, 7.3.10)

Vemos, pues, que el botín no solo era una fuente de riqueza y de motivación para el soldado para emprender la guerra; era su sustento, ya que con ello se pagaba en los mercados la comida y la bebida de cada jornada en campaña. Por tanto, se creaba una auténtica relación simbiótica entre ejército y “seguidores de campamentos”.

5. Conclusiones

A lo largo de este TFG hemos examinado, hasta donde las fuentes nos han permitido, diversos aspectos de la vida en campaña de los soldados griegos, poniendo el foco en los campamentos militares, y aproximándonos también a la “realidad” o “naturaleza” de los no combatientes que acompañaban o seguían a estos de manera “oficial” o “voluntaria”, poniendo el foco especialmente en estos últimos y en las relaciones y transacciones que se establecían entre ellos y el ejército.

Las costumbres generales de la Grecia arcaica que determinaban que los soldados se ocupasen de su equipamiento y sustento se extendieron a la época clásica, a pesar de los cambios en las campañas y los ejércitos, hecho que permitió que los mercaderes que seguían a los ejércitos helenos tuvieran un gran protagonismo para el sustento de las tropas. Esta práctica, no obstante, perdería protagonismo a partir de Alejandro Magno, debido a su preferencia por el saqueo del territorio conquistado y la apropiación del sistema logístico persa por los monarcas helenísticos.

El registro arqueológico ha dejado pocas huellas de los campamentos griegos y, menos aún de la actividad desempeñada por los “seguidores de campamentos”, por lo que para reconstruir estas cuestiones nos hemos tenido que apoyar en fuentes textuales, así como en estudios modernos que se sirven tanto de fuentes clásicas como de la comparativa con los campamentos militares de otros contextos históricos. Como hemos visto, aunque los campamentos griegos poseían elementos comunes, la versatilidad y la adaptación al terreno podía hacer que sus partes variasen considerablemente. Además, estos raramente contarían con

estructuras defensivas (que sí podrían haber dejado vestigios hasta nuestros días), salvo para defender puntos concretos o que se tratasen de campamentos de asedio o establecidos para el control del territorio.

Por lo que respecta a la vida en los campamentos, como hemos examinado brevemente, esta no solo se limitaba a los aspectos puramente militares, sino que incluía igualmente actos políticos, religiosos y comerciales, como se puede ver en la asignación de espacios para estas actividades o en las constantes referencias a sacrificios, libaciones y mercados en las fuentes clásicas.

Los ejércitos griegos, por otra parte, no estaban compuestos únicamente por soldados, sino que incluían también un gran e indeterminado número de no combatientes, entre los que se encontraba el “personal no militar” dispuesto por los *strategoi* para realizar determinadas funciones o cubrir ciertas necesidades de las tropas, pero también sirvientes personales o familiares de los soldados que los acompañaban durante las largas campañas. Como parte de los no combatientes habría que destacar, sin embargo, un segundo grupo (aunque, como señalamos, los límites entre uno y otro no siempre resultan nítidos), que la bibliografía moderna ha englobado en la categoría de “seguidores de campamentos”. Bajo este nombre encontramos una multitud heterogénea que ofrece diversos servicios al ejército en campaña, desde guías, prostitutas, adivinos y, sobre todo, comerciantes, quienes jugaron un importante papel en el aprovisionamiento de las tropas. El examen de la *Anábasis* de Jenofonte permite dividir a estos comerciantes en tres clases: aquellos que seguían a los ejércitos por voluntad propia, los que lo hacían por mandato de una autoridad local y los designados por una ciudad o conjunto de poblaciones. El mercado, situado en las inmediaciones del campamento, pero sin formar parte de este, estaba vigilado y los intercambios comerciales eran controlados por oficiales del ejército designados para ello. Además de un espacio para aprovisionar a las tropas, estos mercados permitían también al ejército la venta o intercambio de los objetos (o seres humanos) tomados como botín. Por tanto, para los soldados, el botín representaba tanto una fuente de aprovisionamiento directo, como un medio para adquirir alimentos y otros productos en el mercado, y/o una posible vía de enriquecimiento. De igual modo, para los comerciantes y otros individuos que seguían a los ejércitos, los campamentos y los mercados que surgían en las inmediaciones de estos se convertían en espacios esenciales para garantizar su sustento. Sin embargo, esta actividad no estaba exenta de riesgo, pues, debido, precisamente, a la función esencial que cumplían a la hora de abastecer al ejército y, en ocasiones, por su cercanía al frente

de batalla, estos comerciantes, pero también el resto de “seguidores” podían convertirse en objetivos bélicos.

En definitiva, los llamados “seguidores de los campamentos” —un término cuanto menos impreciso, que recoge realidades muy diversas— conformarían un auténtico “ejército en la sombra”, con un papel tan esencial para el abastecimiento de los ejércitos helenos, que podría determinar el éxito o el fracaso de una campaña.

6. Fuentes clásicas y bibliografía

A. Fuentes clásicas y bases de datos

Arriano. *Anábasis de Alejandro Magno*. Trad. de Antonio Guzmán Guerra. Madrid: Gredos, 1982.

Heródoto. *Historias*. Trad. de Carlos Schrader. Madrid: Gredos, 1985.

Jenofonte. *Anábasis*. Trad. de Ramón Bach. Pellicer. Madrid: Gredos, 1982.

Jenofonte. *Helénicas*. Trad. de Orlando Guntiñas Tuñón. Madrid: Gredos, 1994.

Jenofonte. *Obras menores. La república de los lacedemonios; Agesilao*. Trad. de Orlando Guntiñas Tuñón. Madrid: Gredos, 1984.

Perseus Digital Library. Disponible en <https://www.perseus.tufts.edu/hopper/>

Tucídides. *Historia de La Guerra del Peloponeso*. Trad. de Juan José Torres Esbarranch. Madrid: Gredos, 1990.

B. Bibliografía

Álvarez Rico, Mauricio G. (2002): “The Greek military camp in the Ten Thousand’ s army”. *Gladius*, no 22, p. 29-56.

Álvarez Rico, Mauricio G. (2013): *El campamento militar griego en época clásica*. Madrid: CSIC Ediciones Polifemo.

Álvarez Rico, Mauricio G. (2021): “Greek camps and camp followers”. En W. Heckel, F. S. Naiden, E. Garvin y J. Vanderspoel (eds.), *A Companion to Greek Warfare*. Hoboken: Wiley Blackwell, pp. 148-159.

Bar-Kochva, Bezalel (1976): *The Seleucid Army: Organization and Tactics in the Great Campaigns (Vol. 28)*. Cambridge: Cambridge University Press.

Elliot, Simon (2021): *Ancient Greeks at War. Warfare in the classical World from Agamemnon to Alexander*. Oxford y Filadelfia: Casemate Publishers.

Goldsworthy, Adrian. (2004): *El ejército romano*. Madrid: Akal.

Valdés Guía, Miriam (2020): “Los *thetes* y la flota ateniense en el s.V ¿Una cuestión retórica?”. En M. de Pazzis Pi Corrales, A. Sanz de Bremond y Mayáns y C. Díaz Sánchez

- (coords.), *La Batalla: Análisis Históricos y Militares*. Madrid: Ministerio de Defensa, pp.165-211.
- Jones, Rebecca H. (2012): *Roman Camps in Britain*. Stroud: Amberley Publishing Limited.
- Leitao, David (2014): “Sexuality in Greek and Roman military contexts”. En Thomas K. Hubbard (ed.), *A Companion to Greek and Roman Sexualities*. Oxford: Wiley Blackwell.
- Mateo Donet, María Amparo (2010): “Religiosidad y culto en los campamentos romanos”. *Polis: revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad*, no 22, p. 145-172.
- Rawlings, Louis (2013): *The Ancient Greeks at War*. Mánchester: Manchester University Press.
- Resina Sola, Pedro (1998): “Algunas precisiones sobre los campamentos romanos”. *Florentia Iliberritana*, no 9, p. 377-393.
- Richardson, Alan (2002): “Camps and forts of units and formations of the Roman army”. *Oxford Journal of Archaeology*, vol. 21, no 1, p. 93-107.
- Sáez Abad, R. (2005): *La poliorcética en el mundo antiguo*. Madrid: Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid.
- Sage, Michael (1996): *Warfare in Ancient Greece A Sourcebook*. Londres y Nueva York: Routledge.